

ZSUZSANNA CSIKÓS

¿SER MEXICANO O HÚNGARO? EL PROBLEMA DE LA IDENTIDAD EN LA NARRATIVA DE SUSANA WEIN

La mexicana **Susana Wein** se encuentra entre los escritores hispanoamericanos que escriben ya sus obras en lengua española pero guardan sus raíces húngaras en cierta manera.

Susana Wein, descendiente de padres húngaros, se conoce ante todo como maestra y directora de teatro y guionista cinematográfica en su país natal. Al mismo tiempo, ella es autora del volumen de relatos titulado *En tiempo mexicano... cuentos húngaros* (1985) y de la novela, *La abuela me encargó a sus muertos* (2001), con la cual gana el premio Primera Novela Juan Rulfo en 2000.¹ Sus escritos son completamente desconocidos ante el público húngaro, sin embargo, las investigaciones históricas más recientes sobre la inmigración húngara en México ya mencionan su nombre.²

El primer libro de Wein ofrece al lector cuatro cuentos “en tiempo mexicano” y tres “cuentos húngaros”. En estos últimos – *Draga Rocza*, *Una historia de amor*, *El día en que renuncié a mi nacionalidad húngara* – se observa una progresiva pérdida de identidad húngara por parte de las mujeres protagonistas. En el primer relato – cuyo título está en húngaro – la mujer, a pesar de tener constantes problemas con su origen, sigue fiel a su identidad húngara y no está dispuesta a renunciar a ella. En el segundo la protagonista, sin negar sus raíces húngaras, insiste en ser mexicana también. “Ya tengo aquí... ora veré, tantos como cincuenta años de haber llegado a Veracruz; cuarenta de haberme nacionalizado. Porque soy mexicana, sí señor” – menciona orgullosamente mientras cuenta la historia de su vida a un hombre desconocido.³ En el tercer caso, la narradora-protagonista, una niña de ocho años, renuncia a ser húngara voluntariamente. Ella contempla la cultura de sus antepasados con cierta extrañeza: es verdad que sus padres y parientes son húngaros pero ella ya se educa en otra cultura. Así le parece que ser húngaro no es más que una enfermedad contagiosa, por lo menos, en ciertas ocasiones.

Los tres cuentos tienen cierto carácter testimonial. *Draga Rocza*, es un diálogo escrito de forma evocativa donde la madre de la narradora, después de 50 años de estancia en México, narra las circunstancias de su llegada a este país y las primeras experiencias vividas allá. En el cuento la realidad histórica y la ficción coinciden: el

¹ Susana WEIN, *En tiempo mexicano...cuentos húngaros*, México, D. F., Editorial Katún, 1985. Susana WEIN, *La abuela me encargó a sus muertos*, México, D. F., Editorial Lectorum, 2001. De aquí en adelante todas las citas siguen estas dos ediciones.

² Péter TORBÁGYI, *Magyarok Latin-Amerikában*, Budapest, Magyar Nyelv és Kultúra Társasága, 2004, Mónika SZENTE-VARGA, *Migración húngara a México entre 1901 y 1950*, Puebla-Szeged, 2007, 24, 151, 206.

³ WEIN, *En tiempo...*, 66.

viaje en el barco y la escasez de las informaciones correctas, que trae consigo una serie de supersticiones tanto por parte de los inmigrantes como por los mexicanos, reflejan fielmente los hechos que se leen en los manuales históricos. ” En el barco decían que aquí había puros salvajes.”– relata la protagonista del relato.⁴ En las memorias históricas se repiten casi las mismas frases: “Estuvimos muy sorprendidos porque no nos recibieron ni indianos con plumas ni tampoco gente muy exótica”. “¿Adónde van? Allí se comen a la gente.”⁵

La otra manifestación de la vertiente literaria de la realidad histórica es la problemática gitana en estas obras. En México el hecho de ser húngaro obligaba a la gente más bien ocultar su origen: uno podía optar por declararse alemán y entonces gozaba ciertas ventajas pero si lo consideraban gitano pensaban que equivalía a ser ladrón o robachico. “En México, en América del Sur e incluso en varias partes de los Estados Unidos se considera a los húngaros como un pueblo que se dedica a la cartomancia y roba, que es nómada e inculto; en una palabra: gitanos. Esta no es solamente idea de la gente común sino – desgraciadamente – de las clases educadas también....Para evitar este menosprecio los húngaros tienden a presentarse como alemanes” – explica las raíces históricas del problema Szente-Varga.⁶ Los prejuicios raciales forman toda una jerarquía social basada en la ignorancia y en el mutuo desconocimiento: el mexicano admira a los alemanes, como si tuviera cierto complejo de inferioridad frente a ellos pero desdeña a los húngaros/gitanos.⁷ En *Draga Rocza*, cuando un funcionario mexicano quiere abusar de la protagonista, ésta tiene que inventar toda una ficción para no ser deshonrada, castigada y expulsada del país. Aprovechando la ignorancia de este hombre supersticioso ella miente que es la hija del rey de los gitanos – y si alguien le toca un solo pelo “Atila dejaría caer sobre su cabeza a todos sus guerreros”⁸, dice, maldiciéndolo en húngaro. En este caso la mujer defiende no sólo su dignidad personal sino la nacional también.

En *Una historia de amor*, una vez más aparecen tanto el problema del húngaro/gitano como el desdén general hacia la mayor parte de los inmigrantes. La protagonista del cuento no puede casarse con su amor mexicano porque los padres de éste prohíben la boda debido al origen de la mujer, o sea, el prejuicio social impide el cumplimiento de esta relación. “Es que era gente de abolengo no querían emparentarse con una pobre emigrante húngara y además judía.... Sus padres llegaron a amenazar con correrme del país y quitarme mi calidad de emigrante.”⁹ Este comportamiento más bien estimula a la mujer a asimilarse y conseguir la nacionalidad mexicana pronto.

En *El día en que renuncié a mi nacionalidad húngara* la niña de ocho años opta por no ser húngara porque no es capaz de entender el cambio que se lleva a cabo en el comportamiento de los parientes y amigos de su familia en ciertas ocasiones. En el relato

⁴ WEIN, op. cit., 58.

⁵ SZENTE-VARGA, op. cit., 96.

⁶ op. cit., 102.

⁷ sobre el problema véase también: Péter TORBÁGYI, “Gitanos húngaros en América Latina”, in: *Acta Hispanica*, t. VIII, Szeged, 2003, 173-181.

⁸ WEIN, op. cit., 62.

⁹ op. cit., 70.

todo gira alrededor de las típicas fiestas húngaras donde la gente canta “EZ IS ISZIK AZ IS ISZIK”. Esta tradición es la que más sobrevive entre los inmigrantes y se convierte en uno de los signos de su identidad común. “En ningún otro lado la gente se divertía llorando y luego saltando grandes risotadas”– afirma la narradora.¹⁰ A los participantes no les molesta si queda restringida la verdadera autenticidad de estas fiestas: se baila el “czardas” pero con el acompañamiento de un grupo de mariachis o se canta el Cielito Lindo como si fuera una canción húngara.

La novela de Wein – *La abuela me encargó a sus muertos* – expone el destino de unos inmigrantes húngaros y sus descendientes. En el centro se halla la historia de los abuelos húngaros que corre paralelamente con la de su nieto mexicano. En la primera página del libro podemos encontrar una dedicatoria – En recuerdo a mis padres –, dos citas y una foto familiar. Uno de los prefacios que cita la obra de la escritora mexicana, Elena Garro, *La casa junto al río*, sugiere las coincidencias vitales de los abuelos y del nieto: “... y el tiempo circular e idéntico a sí mismo, como un espejo reflejando a otro espejo nos repite.”¹¹ El otro procede del libro de Isidor Fuchs – uno de los narradores-personajes de la novela – titulado “*Mémoires de un caballero húngaro*”, e insiste en la necesidad de recordar los hechos pasados.

Isidor y su familia se encuentran entre los primeros inmigrantes que llegan a México antes de la Primera Guerra Mundial. Los abuelos, Ilon y Páli llegan con la ola siguiente en los años 20, sus dos hijos, Eva y Andrés ya nacen allá. El hijo se casa con una mexicana, Elena y de esta relación nace el nieto cuyo nombre no se revela en la novela. Este nieto que no habla ya la lengua de sus antepasados, vuelve a Hungría en busca de sus raíces familiares en los años setenta.

La abuela, el abuelo e Isidor forman parte de la primera generación de los inmigrantes en la obra. La abuela quiere volver a su país natal mientras los dos hombres se acomodan a la vida mexicana completamente y no piensan en el regreso. Sobre la segunda generación –los hijos de los abuelos– no sabemos mucho, en su caso el problema de la identidad no se presenta. Tal vez, para ellos esta dualidad resulte ser una cosa natural y congénita: sus padres son húngaros/inmigrantes pero ellos se educan en la cultura mexicana ya. Es la tercera generación, representada por el nieto que empieza a buscar sus raíces ajenas en la novela.

Mediante las evocaciones se reconstruye la vida de la familia de la abuela durante las primeras décadas del siglo XX: los Friedmann son una pudiente familia judía en Kovacs cerca de Satoralja. La abuela, después de la muerte de su primer amor, se casa con Páli, un joven de Felicz Fördö. Al principio la mujer no piensa dejar la casa familiar aún menos ir a México. “Yo no quería partir, estaba contenta en Kovacs con mi familia. No necesitaba conquistar el mundo para ser feliz”.¹² Sin embargo, su marido la convence y por fin, sale con él. Ilon no es capaz de habituarse a la vida mexicana hasta su muerte. Aquel mundo le parece raro y ajeno: sigue viviendo en su propio mundo cerrado, atado a su niñez y a sus años juveniles pasados en Kovacs. Con el paso de tiempo la añoranza se

¹⁰ op. cit., 74.

¹¹ WEIN, *La abuela...* 7.

¹² op. cit., 197.

apodera de ella hasta tal punto que, como dice su hija, "... su dichoso pueblo era más importante que sus hijos y su marido."¹³ Realmente no es capaz de perdonar este abandono a su marido durante el resto de su vida y así, el conflicto básico motivado por la emigración de la pareja no se resuelve. Al fin, después de la muerte del marido, Ilon regresa a su pueblo natal para despedirse de los suyos pero no encuentra ni siquiera la tumba de su madre y en cuanto a los demás miembros de su familia, todos ellos murieron en los campos de concentración. Cuando vuelve a la Hungría de los años sesenta, en realidad vuelve a su pasado ilusórico: no le interesan los cambios que se llevaron a cabo en el país ni siquiera se da cuenta de ellos. Hungría para ella equivale a Kovacs, a recordar sus años juveniles y al intento de recuperar los restos de su familia. Su regreso está escrito en forma dialogada: cuenta sus experiencias vividas a su marido muerto quien le responde desde la tumba. Estas conversaciones trascendentales están llenas de mutuos reproches: "No sé qué se puede esperar de una persona, que, a pesar de que han pasado cincuenta años, todavía cree que en Hungría se usan carretas, caballos y que los caminos siguen siendo de tierra" – dice Páli. Ilon le contesta no menos rabiosamente: "Así que dejaré de hablar contigo, prefiero el silencio de este panteón desierto (el cementerio judío), que tu voz de león desdentado."¹⁴

Sobre los antepasados húngaros del abuelo no sabemos mucho. ¿Qué es lo que motiva a Páli emigrar? Su estado de quedarse casi huérfano, el comportamiento desdénso de su cuñado, Jenő y unos tíos "mexicanos", entre ellos Isidor, quienes lo llaman y envían el boleto de viaje. Su carácter aventurero también contribuye a su decisión: vivir en Kovacs le parece asfixiante y no quiere servir a los demás durante toda su vida. Quiere demostrar que él es capaz de ganar mucho dinero y asegurar aquella vida cómoda a su esposa a la que ella está acostumbrada. La vanidad varonil, la inquietud, la ilusión, la ambición se acumulan en su intento de "probar suerte" en tierras lejanas. Al principio, no piensa quedarse en México para el resto de su vida, sin embargo, pronto renuncia a volver a Hungría por poder vivir independientemente y sin molestias en su patria nueva. Sus compañeros en Kovacs comentan su decisión de la manera siguiente: "Páli había recibido unos boletos para embarcarse a México, unos tíos ricos los habían enviado. No dejaba de causar envidia y admiración la buena suerte de Páli..."¹⁵ Él no tiene que fracasar. La opinión ultrapositiva de sus tíos sobre México se convierte en realidad para él al llegar allá. "Páli, el conquistador, soñó con tener el mundo a sus pies... y lo hizo sin la menor dificultad" – resume su destino el nieto después.¹⁶ Él se siente muy orgulloso de tener una mercería propia en la calle de Brasil. Sin embargo, esta tienda no es la propiedad de Páli sino ya de Pablo Schwartz como lo conocen en México. El país lejano, pues, se identifica con el sueño realizado para él y sin olvidar sus raíces pronto se adopta a su nueva existencia. Al mismo tiempo él está consciente de los cambios políticos que se llevan a cabo en su país natal durante las décadas posteriores y

¹³ op. cit., 16.

¹⁴ op. cit., 70-71.

¹⁵ op. cit., 191.

¹⁶ op. cit., 124.

los rechaza categóricamente. “Hungria es un enorme campo de concentración, gracias a los comunistas, a los rusos” – comenta la situación política de los años sesenta.¹⁷

La única cosa que le provoca cierta añoranza es cabalgar por las llanuras interminables. Cuando el nieto está en la Plaza de Héroes de la capital húngara cree descubrir en el rostro de uno de los príncipes los rasgos de su abuelo. “Uno de los príncipes magyares, montado sobre su caballo... algo en su perfil, en la sonrisa oculta, leve, en su mirada me recordaba a mi abuelo, a Páli el conquistador.”¹⁸

El nieto es un estudiante de arquitectura de 23 años, que participa en las manifestaciones universitarias del 68 en México que desembocarán después en la masacre de Tlatelolco. Él tiene que huir de la policía: primero se esconde en la casa de sus abuelos, después, con su ayuda, sale del país clandestinamente y va a los Estados Unidos. La política, pues le obliga a emigrar.

El nieto se define por dos cosas: la soledad que es su rasgo esencial y congénito, y la búsqueda de pertenencia. Trata de enraizarse a lo largo de toda su vida. Dejar México – sentirse rechazado por su país natal – significa para él un daño difícilmente recuperable: ajustar cuentas con sus ilusiones sociales – creer pertenecer a una comunidad o a una cultura – y perder a su amor, Laura. (Cuando él vuelve a México unos años después, la chica ya está casada con otro.) Piensa que su vida hasta aquel entonces ha sido un mero fracaso: “fui incapaz de atarme a una tierra, a una mujer y yo, sin saberlo, me volví emigrante.”¹⁹ Por eso envidia mucho a su abuelo porque éste sí, pudo realizar sus sueños al dejar Hungría y pudo hacer su vida con la mujer amada.

Cuando en los años setenta decide viajar a Hungría no sólo quiere recoger materiales sobre sus antepasados sino tiene la esperanza de encontrar allá sus propias señas de identidad. Por eso utiliza el verbo regresar que en este caso indica un viaje tanto espacial como temporal. Es consciente de que no puede tener futuro si no recupera su propio pasado. “Regresar a Hungría, recorrerla, retomar mi historia, la de mis abuelos, comprender esta ruptura brutal dentro de uno al ser alejado de tierra, familia, amigos” – así resume los motivos principales de su viaje.²⁰

Llega a Hungría como un simple turista: sus conocimientos previos son bastante estereotipados. Mientras está contemplando el panorama desde las ventanas del hotel Hilton, recuerda su niñez, cuando durante mucho tiempo pensaba que el húngaro era el idioma de los caballos también. Va a la oficina de turismo para pedir un coche con chófer y le parece como si le hicieran un interrogatorio policíaco. Después de pasar unos días juntos, el nieto empieza una relación sentimental con su guía húngara, Margit. Una vez, mientras está en la casa de la mujer, viene un visitante “extraño”, un supervisor, y desde aquel momento Margit ya no puede ser su acompañante. Cuando él quiere llamar un taxi desde la casa de la mujer – una cosa que le parece completamente natural y normal – el visitante le informa que “los taxis desocupados no circulan por este barrio y no hay teléfono para pedir unos.”²¹ Él cree ingenuamente que este hombre está

¹⁷ op. cit., 71.

¹⁸ op. cit., 198.

¹⁹ op. cit., 125.

²⁰ op. cit., 118.

²¹ op. cit., 195.

solamente celoso y al principio no se da cuenta del verdadero objetivo de esta visita. De aquí en adelante le mienten continuamente: el nuevo guía – quien le parece más bien un agente secreto – no quiere y Margit no puede decir la verdadera causa del cambio sucedido. Por un momento él mismo cree que la mujer también forma parte del mecanismo. De todos estos hechos se formula la conclusión del nieto: los turistas en Hungría “sólo éramos el enemigo en potencia, a explotar y vigilar”.²²

Mientras está en Hungría visita el pueblo natal y la casa de su abuela también. Durante esta estancia entiende los motivos del comportamiento de su abuela: la importancia de la ausencia que ésta sufrió desde aquel momento que salió hacia México. Su regreso fue un intento vano por eso él tiene que encargarse de esta herencia: escribir la historia de la familia y recuperar los recuerdos húngaros.

La historia de Kovacs se reconstruye mediante la narración de un tal Ladanyi que conocía la familia Friedman muy bien y ahora cuenta al nieto la historia del pueblo a partir de 1918. Valora la pérdida de los territorios húngaros y el pacto de paz de Trianon como... “por la manera en que determinaron las nuevas fronteras, parecería que lo hicieron a altas horas de la noche y bajo los efectos de un buen champagne francés. De otro modo no se explica el diseño del mapa.”²³ Por aquella época Kovacs tenía unos cuatro mil habitantes según el relato de Ladanyi: una mayoría católica, una minoría protestante, unas cincuenta familias judías y unos cuantos gitanos en las afueras del pueblo. Kovacs contaba con tres escuelas primarias: una católica, otra protestante y la tercera judía con el mismo nivel de la enseñanza. Kovacs se presenta como un pueblo húngaro típico y ejemplar en sus anécdotas. De tal manera, esta imagen positiva se traspasará al libro sobre los años veinte del siglo XX en contraste con la realidad actual experimentada por el nieto.

A propósito del prefacio ya hemos mencionado el nombre de Isidor Fuchs cuya historia también se incluye en la novela. Él nace en Nagyvárad y llega a México con su hermano antes de estallar la Primera Guerra Mundial. Su destino es típico: quiere ir a los Estados Unidos pero no lo consigue por la cuota impuesta. Se establece pues en la capital mexicana y se casa con una mujer alemana. Primero tiene una pequeña tienda de puros y cigarros, más tarde construye una fábrica de botones, una de las primeras en el país, con su hermano y se dedica a escribir sus memorias en su tiempo libre. Su actuación como cronista empieza mediante unas cartas las que envía a Hungría. En éstas pinta un cuadro muy positivo sobre México: “... si su imaginación no les permite entender las maravillas de este país, básteles saber que uno se gana aquí la vida sin demasiado esfuerzo. Pero lo más importante: el futuro está aquí en América.”²⁴ Escribir sus experiencias le parece algo esencial: quiere que las generaciones futuras conozcan “... la historia de sus antepasados húngaros que habían emigrado a tan lejanas tierras.”²⁵ En su figura, pues, se capta muy claramente esta identidad doble: a pesar de escribir su libro en español, a pesar de su opinión superpositiva que da de su nueva patria, él insiste en la necesidad de no olvidarse

²² op. cit., 206.

²³ op. cit., 18.

²⁴ op. cit., 120.

²⁵ op. cit., 90. Además, hay algo en este intento que nos hace recordar a los cronistas del Nuevo Mundo. Bernal Díaz del Castillo, por ejemplo, con su obra quiere nombrar y recordar.

sobre los orígenes tampoco. “¿Acaso no es importante? Cuando yo muera, ¿quién se tomara la molestía de contar las cosas? Nadie. Lo único que se sabrá es que los húngaros eran gitanos, robachicos y ladrones...”²⁶ Es importante, pues, distinguirse de los gitanos y formar una imagen más positiva sobre los húngaros. El acto de escribir sirve para él ser fiel testimonio de los hechos, guardar en la memoria de las futuras generaciones la historia de sus compatriotas. El nieto precisamente cumple con este destino: empieza a escribir no solamente para vencer la soledad, el vacío de su vida, como si fuera un héroe onettiano, sino para encontrar sus señas de identidad a través de la reconstrucción de la historia de sus antepasados húngaros. Sus narraciones, entre otras, se basan en aquellas viejas historias que ha oído de sus parientes, entre ellos, del tío Isidor, como, por ejemplo, la historia de la bella húngara que ha llegado a México sola.

La identidad doble se refleja muy marcadamente en el lenguaje de la novela. Algunas palabras se dan en húngaro, en la mayoría de los casos éstas son nombres, sobrenombres o nombres de comidas: Anyu, Ilonkam, Apu, kuglof, gulash, dobosh, puzta, gombaleves, paprika salami, etc.²⁷ También se usa la palabra magyar para distinguirse de los judíos y de los gitanos. La pronunciación típica del español hablado por los inmigrantes húngaros se transcribe fonéticamente: el uso constante del doble ere entre dos vocales – seguro, exagerras, etc. –, o el mal uso del acento en aquellas palabras que constan de tres o más sílabas – siempre se pone en la primera como es general en la lengua húngara –, o, en el caso de la transcripción del habla de Isidor Bacsi el uso de los vocablos oi en vez de ue: poido/puedo o en vez de s siempre usa z (mávilozzo), en vez de los consonantes gn usa ñ (ignorados/iñorados)

Al final de la novela se encuentra un glosario donde se dan los equivalentes españoles y la pronunciación de las palabras húngaras del texto. La mayoría son nombres geográficos y de personas.

Carlos Fuentes opina que “...la imaginación de la Historia es tan importante como la Historia misma... sin la novela, sin el texto literario, no se entiende el texto histórico. El texto histórico se muere, se queda en datos, se seca sin la animación que le puede dar la novela”.²⁸ La narrativa de Susana Wein cumple con esta misión: hace una literatura basada en las fuentes orales, en las historias reales, en las anécdotas de carácter autobiográfico de los protagonistas pero convirtiéndolas en ficción con la ayuda de la imaginación para que el lector pueda entender mejor aquel conflicto profundo que causa el movimiento migratorio en el alma y en la mente del ser humano.

²⁶ op. cit., 214.

²⁷ Un caso especial muestra la palabra “buditistito” que se da en forma cursiva en el texto y sirve para ilustrar el bienestar de la familia Friedman. “Nada hacía resaltar más la importancia de esta familia a los ojos del pueblo, que la visita quincenal del buditistito con sus palas y cubetas, que llegaba a limpiar los toilettes.” (op. cit., 21.).

²⁸ Véase: Entrevista con Carlos Fuentes. www.espectador.com/text/pglobal/fuentes2.htm. Radio El Espectador Uruguay.